

376.000 colones se le roba al productor de arroz para San José

El redactor viajero de TRABAJO cuenta las miserias, dolores y penas del productor arrocero del GUANACASTE.

Enfermedades, trabajos y angustias de la bajura guanacasteca

TRABAJO ha destacado con carácter de redactor viajero a uno de sus reporteros que recorrerá el país, enviando a las columnas de nuestro semanario las vibraciones de la república.

Su primera crónica, enviada desde el Guanacaste, enfoca uno de los problemas de mayor importancia social y de más palpitante actualidad: la producción, acaparamiento y consumo del arroz.

La Crónica

Guanacaste, Abril del 37. (Para TRABAJO.) Mi primera crónica será para los productores de arroz. Visité sus sembradíos. Conversé con ellos. Me impregné, tal vez, de su tristeza y de su desaliento. Y salgo de la bajura guanacasteca con su clamor de justicia que cuelgo, como jirón rojo, en las columnas de TRABAJO.

El pequeño productor

Es el tipo del campesino guanacasteco. Dicharachero, amable, inteligente y trabajador. Su natural alegría ha muerto a manos de la miseria. Delgado, pequeño, nervioso. En su cuerpo las fiebres palúdicas han dejado marcas cadavéricas que le quitan vigor y optimismo.

El arroz

El arroz es su única riqueza. Su único cultivo serio. Llevan una vida primitiva y miserable, llena de sobresaltos, enfermedades y miserias. El cultivo del arroz requiere ciertos cuidados especiales. Para ver la florescencia hay que sudar mucho. Y cuando se arrancan las espigas, al ver cómo se van amontonando, la familia piensa con tristeza en las privaciones, los trabajos y los dolores que eso ha costado.

Enfermedades

El terreno que se escoge para el cultivo del arroz tiene que ser un terreno bajo, caliente y húmedo. En otras palabras: un terreno de clima mortífero, donde a la par del arroz se desarrollan el paludismo y la anemia. Es raro el rancho en donde no se encuentre un hombre tirado en la hamaca,

sudando una fiebre y rumiando una pena. Y no hay médicos, no hay medicinas, no hay dinero.

Las casas

Viven en ranchos. Yo vi hacer uno. Clavan cuatro horcones a una distancia de cuatro metros entre uno y otro. Después hacen las paredes de paja u hojas de palmera. Esto es su casa. Adentro duermen hombres, mujeres, niños, chanchos, gallinas y el perro. A veces hay una hamaca para los recién nacidos. Después de una labor de 10 o 12 horas, la familia se tira sobre una vaqueta y a tratar de dormir para que el estómago no eche de ver que no se le ha echado nada.

El absurdo

¿Cómo es posible que hagan esta vida de perros? ¿Cómo es que no tienen dinero ni para comer, produciendo, como producen, grandes cantidades de arroz que ahora está tan caro? A 35 céntimos la libra está en cualquier pulpería. Y esta gente de la bajura guanacasteca produce millares de libras y no tienen ni siquiera una cobija y se mueren de miseria y de anemia a montones. ¿Cómo se explica este absurdo? Se explica muy fácilmente conociendo, desenmascarando al culpable de que todo un pueblo sufra privaciones y hambre: al especulador.

Unos números

San José—sólo la capital—consume 12 mil quintales de arroz al mes. O sean 1.200.000 libras mensualmente (un millón doscientas mil libras). Calculando que el comercio compra los 12 mil quintales al mes a 25 colones el quintal, resulta que el comercio da al vendedor la suma de 300.000 colones todos los meses. El comercio lo vende a razón de 35 céntimos la libra, produciendo esta venta 460 mil colones, lo que da una ganancia líquida de 160 mil colones vendiendo arroz. Pero ¿el comercio lo obtiene directamente del productor? No. Hay alguien que se interpone en

tre ambos, dejándose la ganancia más buena, sin aportar absolutamente nada de trabajo a la producción. ¿Quién se interpone? El especulador.

El especulador

Generalmente es un ricacho o un aspirante a serlo, que se acerca al agricultor y por cualquier cosa le compra la cosecha, muchas veces aún sin haber brotado la espiga. Apremiado por el hambre, por la miseria, por sus hijos enfermos, por la anemia de su mujer que necesita medicinas, el agricultor le da al especulador su cosecha—fruto de penas y dolores—por una bagatela. ¿Cuánto creen que ha pagado aquí en el Guanacaste don Matías Sobrado por el «bulto» de arroz. («Bultos» de arroz es más de un quintal: 160 libras con granzas y basurillas.) Pues el señor Sobrado, el ricachón, el diputado, el gran «propulsor del progreso», ha llegado a pagar por el «bulto» siete y nueve colones. Y para quitarle hasta la semilla que habría de servir para otras siembras, los ha halagado pagando algunas veces 22 colones. Y todo su esfuerzo ha consistido en gastar un cuatro por quintal en la descascarada. (Se me dice que en su afán acaparador, el diputado Sobrado los ha dejado sin semilla.)

El mecanismo

El mecanismo por el cual se despoja al trabajador de su producto es muy buido. Con los números anteriores lo podemos ver.

La población capitalina saca de su bolsa, todos los meses, 460 mil colones, que recibe el comercio por haberle vendido 12.000 quintales de arroz. (A 0,35 la libra.) El comercio paga al especulador 300 mil colones, quedándose con una ganancia líquida de 160 mil colones. (A ¢ 25 el quintal: muy barato.)

Y el especulador paga al que ha producido ese arroz, esa riqueza, la suma de 84.000 colones, (a ¢ 7 el quintal), quedándose con una ganancia tigre de 216.000

colones. Es decir: entre el gran comercio y el acaparador, le quitan al productor la suma de 376.000 colones al mes. Y esto sólo en San José. Esto es economía burguesa. Esto es régimen liberal. (Dejar hacer, dejar pasar.) El que vaya contra esta iniquidad, que subleva a cualquiera es un «agitador sin Patria y sin Dios.»

El remedio

Sin hacer revoluciones, sin cambiar la Constitución, sin que haya muertes ni despojo de propiedad, cualquier Gobierno de buena voluntad puede remediar este mal. El Partido Comunista ya dijo que con la creación de almacenes de depósito, científicamente dirigidos, este mal tendría un remedio.

Ya no hay arroz

La existencia total del arroz en manos del comercio—dato oficial—es de 16.550 quintales. Es decir, no alcanza ni para abastecer el consumo de la capital en dos meses.

Pero hay que ver cuánto arroz guardan en sus bodegas los especuladores al estilo del señor Sobrado, Padre de la Patria, amigo del orden.

Para concluir

Todo esto lo saben los agricultores de aquí. Mascan su dolor en silencio. Ellos no pueden hacer nada. Nadie los ayuda. Es inútil protestar. Hay grandes intereses político-económicos de por medio.

«Nosotros qué vamos a hacer—me dice un agricultor con los labios temblorosos—Ud. sabe que hay que comer. Aquí viene el señor Sobrado y como ve que necesito plata, me ofrece comprar la cosecha. Y me ofrece siete colones. Yo veo que es un crimen, un robo que se me hace. Yo veo que se está matando a mi familia. Pero ¿qué hago? Vendérsela. Y así, ¿quién sabe hasta cuándo?»

Y el viejo agricultor parecía que quería esconder la cabeza a mis ojos. ¿Sería para que yo no viera que estaba llorando?

REDACTOR VIAJERO

Nos escribe Adolfo Braña

Luchad contra el fascismo, camaradas Salvad a Costa Rica de sus horrores.

Al C. C. del P. C. de C.R.
Queridos compañeros:

Aprovecho una oportunidad que he tenido de descansar unos días con mi esposa y mis muchachitos para escribirles esta carta. Ojalá que os llegue porque quiero que sepáis que vuestro compañero Braña está cumpliendo con su deber de hombre y de comunista en el frente de batalla de Oviedo. Ya podéis imagináros lo doloroso que ha sido para mí dejar a las guilas solas en este pueblecito desamparado del Cantábrico, padeciendo a menudo los rigores del hambre y expuestos siempre a sufrir cualquier atentado criminal de los fascistas. Mejor estuvieran allí en ese rinconcito de América que es también mi Patria. Las lágrimas me rodaban por las mejillas cuando el camión que me llevaba al frente se alejaba y ellos me dejaban adios con sus manitas. Pero luego me vino la calma. Yo, ciertamente, iba a juzgarme la vida, pero la conciencia me decía que

era por ellos y por todos los niños infelices que hay en el mundo. Haciéndome esa reflexión he sentido cada vez de entrar a la pelea mucha fuerza y mucho optimismo. Quiero ahora decirles una cosa que me la debéis creer. Recibí una carta vuestra en que me nombrabais vuestro representante en esta guerra espantosa y además correpondrá de TRABAJO. Gracias camaradas por la confianza que tenéis en mí. Os aseguro que no os defraudaré. Antes de recibir vuestra carta, en el frente de batalla siempre me he sentido representante del Partido de Costa Rica. En vuestro país libré batallas contra la picardía entronizada en el Municipio de San José. Por eso me echaron del país. Aquí luché contra el crimen y la picardía que quieren entronizarse en España; es la misma lucha con diferentes armas. No podéis imagináros, camaradas, cómo es esto de espantoso. No tengo palabras para pintaros la

cruceldad de estas bestias humanas que se llaman fascistas. Todo lo arrasan, todo lo profanan, nada aborrecen más que respetar para ellos. Nisiquiera creen en la patria de que tanto han hablado, porque la han entregado—me refiero a los fascistas españoles—desvergonzadamente a los italianos y a los alemanes. El pueblo entero de España; creédme, está contra ellos, unos por ideas y otros por patriotismo. Si esos canallas os tuviesen ayuda extranjera, ya estarían en jaulas o aplastados como se lo merecen. Luchad contra el fascismo, camaradas, luchad contra él; salvad a vuestra querida Costa Rica de sus garras; os lo digo yo y os lo dicen mis pobres hijos, vuestros pequeños camaradas y compatriotas que hoy le sienten desahogado la vida. Luchad contra el fascismo que es la peor plaga que ha sufrido a la humanidad. Os saludo camaradas. Se acerca el 6º aniversario de la fundación de la República.

LOS DEFENSORES DE LA CULTURA EN ESPAÑA

De ALEJO CARPENTIER

Cuenca, hace dos años... El autocar de Madrid, al llegar a la ciudad, pasaba ante una iglesia solitaria y cerrada. Un viajero que había entablado conversación conmigo durante el trayecto (y que luego resultó ser un escique conocido, comprador de maderas a bajo precio) me dijo que aquel templo había sido «clausurado por los socialistas.» (Los mismos socialistas, sin duda, que estaban restaurando minuciosamente la catedral de Cuenca, salvando tesoros arquitectónicos menospreciados por las administraciones anteriores). Se me indicó la dirección de un vecino guardián de las llaves de la Iglesia desierta: otro socialista. Cuando le expuse mi deseo de visitar el edificio, el hombre, (se trataba de un humilde carretero), manifestó una alegría enternecedora, casi infantil. Y me dijo: «no sabe usted la sorpresa que le es peras.»

Ya dentro de la Iglesia (que estaba maravillosamente cuidada), me llevó ante unos

frescos bastante bien realizados aunque del más estereotipado estilo italiano. Y sonriendo, me dijo con un tono de infinita devoción:

—Mírelos bien... Son del Tariana...

Este ingenuo culto del Tariana, hallado en un carretero de Cuenca, incapaz de creer que los frescos pudieran ser apócrifos, constituye una anécdota más de las que ilustran el respeto del admirable pueblo español por las obras y hechos de la cultura sea cultura que le ha sido escamoteada durante siglos por una iglesia traidora. Mientras los reaccionarios bombardean ciudades con sádico ensañamiento, mientras ponen en práctica el *chantaje* que consiste en refugiarlo preciamente en alcázaros seculares e iglesias veneradas por los arqueólogos, son los milicianos, los hombres del pueblo, los que se afanan por conservar un patrimonio cultural que será su bien propio en un próximo futuro... Nada resulta tan revelador a ese respecto, como algunas anécdotas, que me narraba recientemente María Teresa León. ¿Como no sentirse conmovido ante el grito de alarma, lanzado por un miliciano, cuando comenzaron los pri-

meros bombardeos, de Madrid, gritó escuchado por varios amigos nuestros, en la Alícea de intelectuales antifascistas?»

—¿Hay que hacer algo!... Están bombardeando la Ermita de San Isidro, donde están los frescos de Goya...

Y cuando el tren blindado E. cargado de sabios, hombres de laboratorio, historiadores, libros, aparatos de físicos, salió de Madrid hacia Valencia, para poner en salvo burqueadas y manuscritos, Rafael Alberti se vió interpelado por un miliciano ferroviario, que le preguntó con tono de reproche:

—¿Por qué no te has marchado con todos los sabios?... ¿Y qué quieres quedarte?... Pero está mal muy mal... Los milicianos somos muchos los sabios y los poetas somos pocos... ¡Salvense... y escriban para nuestros hijos...

Mientras sonaban en Salamanca gritos de «¡Abajo la inteligencia! ¡Viva la muerte!», se creaban en la verdadera España escuelas para analfabetos, y los Comisarios de Guerra bajo lluvias de aceros inculcaban a sus hombres rudimentos de esa cultura que tanto aborrecen los verdugos, de García Lorca y Juan Pl. Pasa a la página sexta